CAPITULO XX.

El tormento.

La hora de la venganza no era llegada aun: los tonsurados gobernantes de Roma estaban sobrecogidos de terror por los últimos acontecimientos que habian tenido lugar, y temian ser víctimas de la cólera y de la venganza populares, pero aun no debian recibir su condigno castigo; la copa no estaba llena todavía; sin duda el Dios de las justicias no se habia dignado pronunciar su sentencia.

Acaso no sabrán mis lectores cuan aficionada es la gente de sotana á emplear la tortura para hacer hablar á sus víctimas; ¿ignorais acaso que los prelados fueron los que aplicaron el tormento al gran Galileo, el hombre mas eminente que se ha conocido en Italia? ¿Quién sino los sacerdotes se habrian atrevido á esto? ¿Quién sino un representante del Papa hubiera osado disponer que se emparedase á Ugolino y á sus cuatro hijos para dejarlos morir de hambre?

¿Dónde sino en Roma se ha visto que los prelados combatan la virtud y la instruccion, mientras fomentan la ignorancia y patrocinan el vicio? Desgraciado del hombre que dotado por Dios de una inteligencia privilegiada, ha osado dar á conocer su talento en la Italia Papal; todo el que ha cometido semejante imprudencia, ha tenido que sufrir el tormento hasta confesar que la oscuridad era la luz.

¿No es una cosa muy estraña que apesar de hallarnos en pleno siglo XIX se encuentre todavía un pueblo que crea en las fábulas á que se dá el nombre de doctrinas de la Iglesia? ¿No parece inconcebible que se permita á los prelados conceder ó negar la salvacion á su antojo y ejercer tal influencia en algunos gobernantes, que estos llegan á veces á solicitar una alianza, como medio de someter mas fácilmente á sus infelices súbditos?

En Inglaterra, en América y en Suiza, está abolido el tormento; el progreso de esas naciones es notorio. En Roma se aplica la tortura con todo el refinamiento de la crueldad, pero esto se hace ocultamente; la luz no ha penetrado aun en esos antros de la infamia que se llaman claustros, seminarios ó conventos, donde viven encerrados para toda su vida hombres y mujeres, que despues de prestar un juramento tan sagrado como solemne, deben renunciar para siempre á los lazos del parentesco y de la amistad.

Terribles son los castigos que se aplican á las desgraciadas víctimas cuando se llega á sospechar que dudan de las doctrinas en que se trata de imbuirles, ó que desean se les releve de sus juramentos; en un pais donde el despotismo es absoluto y donde está coartada la libertad de la prensa, pueden considerarse perdidos cuantos se hallen en este caso.

En Roma, donde reside el Vicario de Dios, el representante de Cristo, el hombre de paz y de bondad, se aplica aun el tormento como en los tiempos de Santo Domingo y de Torquemada; la

cuerda y las pinzas funcionan continuamente en esta época de convulsiones políticas.

El pobre Dentato, el sargento de dragones que habia facilitado la fuga de Manlio, pudo convencerse muy pronto de esto, pues desgraciadamente se le probó que habia tomado parte en la trama del Quirinal.

Por espacio de algunos dias empleáronse medios horribles de que no queremos hablar aquí, para obligar al pobre sargento á revelar los nombres de los que habian atacado la prision, pero desconfiando ya los atormentadores de poder alcanzar su objeto, abandonaron al infeliz Dentato, dejandole en un estado lastimoso, pues no se quiso acceder á sus ruegos, quitandole la vida de una vez.

¡Desgraciado Dentato! despues de haber sufrido heróicamente el tormento sin revelar el nombre de sus amigos, los ejecutores declararon en falso que habia descubierto á sus cómplices, y continuaron arrestando gente todos los dias.

El mundo tolera aun estos abusos, y respeta á los hombres que los cometen, los cuales reciben proteccion hasta de los reyes; ¡quiera Dios que el pueblo de Italia tenga algun dia suficiente valor para sacudir de una vez el odioso yugo que le oprime; permita el Todopoderoso que nos veamos pronto libres de aquellos que en su santo nombre cometen abusos é iniquidades en vez de dar ejemplo á la humanidad!

CAPITULO XXI.

Los brigantes.

Separémonos por un momento de estas escenas de horror, y sigamos á nuestros fugitivos que se dirigian á Porto d' Anzo. Todos iban tristes porque se alejaban de la ciudad donde tenian sus recuerdos, sus amigos y sus relaciones, y tambien porque el camino que debian recorrer era muy peligroso hasta llegar á la costa, pero, no dejaba de distraerles el paisaje que se desarrollaba á su vista, por muy desierto y árido que apareciese el pais, pues veíanse por todas partes numerosas ruinas, prueba irrecusable de la prosperidad y la grandeza de los antiguos habitantes. Los propietarios de las estensas llanuras que se encuentran en Campagna, son en su mayor parte prelados, pero estos se cuidan mas de sus placeres y de sus vicios que de visitar sus propiedades, en las cuales no suelen verse sino algunos carneros ó búfalos.

El brigandage es una cosa inseparable del gobierno Papal, y esto se explica fácilmente si se tiene en cuenta que el último se halla

apoyado por cobardes mercenarios, que cuando no estan contentos se convierten en ladrones y asesinos y huyen á diversos puntos, donde se organizan en cuadrilla para cometer toda clase de violencias.

La estadística prueba que en Roma son los asesinatos mucho mas frecuentes que en otros paises, relativamente á la poblacion, y á fé que no podia suceder de otro modo, atendida la educacion viciosa que se encargan de dar los prelados.

Debo confesar sin embargo, que me inspiran simpatía aquellos hombres que se retiran á las llanuras y se entregan á una vida aventurera, pero sin cometer asesinatos ni robos, toda vez que su único objeto es evitar las humillaciones á que estan sujetos diariamente los ciudadanos.

La tenacidad y la intrepidez de que ha dado pruebas esta clase de gente en sus repetidos encuentros con la policia y la guardia nacional, son dignas de mejor causa, y revelan que si semejantes hombres tuvieran un buen gobierno que les inspirase el amor á su pátria, podrian formar un ejército capaz de triunfar de cualquier invasor extranjero.

No todos los brigantes son asesinos: Horacio, un valeroso romano que se habia distinguido entre los primeros, era respetado y admirado, así por los hombres como por las mujeres, que nunca dejan de reconocer y apreciar el valor en lo que vale. Asegurábase que aquel bravo era descendiente del famoso Horacio Cocles, que habia defendido él solo el paso de un puente contra el ejército de Porsenna, pero lo cierto es, que Horacio habia prestado numerosos servicios á la república romana. Muy jóven aun, fué uno de los primeros que en la gloriosa jornada del 30 de abril, acometió á los invasores estranjeros dispersándolos completamente; en Palestrina quedó herido de un balazo, y en Velletry, despues de desarmar á un oficial napolitano, le condujo á Roma como trofeo de su victória.

Nada hubieran tenido que temer, Julia y sus amigos, de hombres como Horacio, mas por desgracia, los que iban á encontrar eran verdaderos bandidos. Cuando los viajeros se hallaban ya cerca de la costa, oyóse un tiro, y en el mismo momento bajó el cochero del pescante, anunciando á los fugitivos que iban á ser atacados por una cuadrilla de brigantes, que podrian rodear el coche de un momento á otro. Sin detenerse un momento, Manlio cogió las riendas, y trató de lanzar los caballos á escape, mas no tuvo tiempo para ello, pues se arrojaron sobre él cuatro hombres armados hasta los dientes, y uno de ellos gritó con voz estentórea:

—No os movais, porque de lo contrario sois hombre muerto.

Convencido Manlio de que seria inútil toda resistencia, permaneció inmóvil, y entre tanto, los bandidos obligaron bruscamente á las señoras á bajar del coche, mas al ver la hermosura de Julia y de Clélia, quedaron admirados y sintieron haberlas tratado con alguna dureza, si bien este sentimiento no debia dominar por mucho tiempo á los bandoleros.

Cuando las señoras hubieron bajado del coche, el jefe de la cuadrilla se acercó á ellas y las dijo secamente:

—Señoras, si venís con nosotros sin oponer resistencia alguna, nada os sucederá, pero de lo contrario, debo advertiros que peligran vuestras vidas, y para probaros que os hablo con formalidad voy á matar ahora mismo al cochero de un tiro.

Manlio, que estaba sentado en el pescante, pudo ver el terrible efecto que produjo esta amenaza en las pobres mujeres: Silvia y Aurelia rompieron á llorar, y una palidez mortal cubrió el semblante de Clélia, pero Julia, mas acostumbrada á los peligros, conservó esa presencia de ánimo característica de sus compatriotas, y dirigiéndose al jefe de los bandidos, le dijo poniéndole una bolsa en la mano:

—¿No os contentareis con tomar todo lo que tenemos? os lo

damos, como veis, de buena voluntad, pero en cambio, concedednos la vida á fin de que podamos continuar nuestro viaje.

El miserable bandolero pesó cuidadosamente la bolsa, y contestó á Julia, fijando en ella una ardiente mirada.

—No puedo, hermosa señora, acceder á lo que me pedís, y como no todos los dias somos tan afortunados como hoy, es preciso que aprovechemos la oportunidad. Sois muy bonita, y forzoso será acompañarnos.

Julia permaneció silenciosa algunos momentos, sin comprender al pronto lo que significaban las palabras de aquel infame, pero Clélia, cuya escitacion habia llegado á su colmo al ver amenazada la vida de su padre, comprendiendo su sentido, desenvainó su pequeño puñal, y se arrojó resueltamente sobre el bandolero.

Al ver Julia la heróica accion de su compañera, atacó tambien á su enemigo, mas por desgracia no tenian que luchar solo con el jefe, y bien pronto se vieron las dos jóvenes rodeadas y sujetas por los bandidos, cuyo capitan, no obstante, recibió algunas heridas aunque muy leves.

Julia y Clélia fueron conducidas hácia una espesura, y Aurelia y Silvia siguieron á los bandoleros suplicándoles que no las quitaran la vida.

Por lo que hace á Manlio, le agarrotaron sin darle tiempo para defenderse, mientras que el jefe se alejaba con Clélia en los brazos.

Todo estaba perdido; la muerte, y lo que es peor, la deshonra, parecian inevitables para las pobres víctimas, pero antes de que hubieran dado muchos pasos, resonó un tiro, el jefe de los bandidos cayó herido de muerte, y á poco vió aparecer Clélia al que acababa de salvarla tan milagrosamente.

CAPÍTULO XXII.

El libertador.

El que habia llegado tan oportunamante para salvar á Clélia, no era un gigante ni mucho menos, pues su estatura no escederia de cinco piés, pero sus robustos miembros, su ancho pecho y sus fornidos brazos, denotaban que era un hombre de fuerzas hercúleas.

Tan pronto como vió caer al jefe de los bandidos, acercóse al que sujetaba á Manlio, y alzando la carabina antes que su enemigo tuviera tiempo de defenderse, descargóle un culatazo en la cabeza con tal violencia, que le tendió inanimado á sus piés. El desconocido hizo todo esto en menos tiempo del que se necesita para referirlo, y viendo que Clélia, apenas repuesta de su espanto, le señalaba con el dedo otro de los bandoleros que se alejaba con Julia, corrió en su persecucion sin contestar una palabra, y á los pocos momentos, viósele venir con la jóven inglesa á quien habia arrancado del poder de su enemigo, despues de vencerle con tanta facilidad como á los otros.

El desconocido volvió á cargar inmediatamente su carabina, se la entregó á Manlio, y acercándose á los que yacian por tierra para apoderarse de sus armas, invitó á los fugitivos á que le siguieran al sitio donde estaba el carruaje.

Por algunos instantes, ni Manlio ni las mujeres que acababan de salvarse tan milagrosamente, pudieron articular una palabra, pues la emocion que les embargaba era demasiado fuerte, y se limitaron á contemplar con admiracion al estranjero, agradeciéndole profundamente el inmenso servicio que les habia prestado tan oportunamente y con tanta generosidad.

Debemos decir aquí para satisfacer la curiosidad del lector, que el desconocido era un brigante, pero de aquellos que se distinguen de los demas por sus acciones heróicas y sus nobles sentimientos. Su gallarda apostura, sus formas hercúleas, y el intrépido valor de que acababa de dar tan relevante prueba, eran un motivo suficiente para que las viajeras fijasen sus miradas en el estranjero con tanta curiosidad como admiracion, mas esta se convirtió en sorpresa cuando vieron al brigante acercarse á Silvia, besar su mano respetuosamente, y esclamar con dulce acento:

—Sin duda no os acordais de mí, señora; miradme bien y recordareis que en cierta ocasion hubiera perdido la vida á no ser por vuestros cuidados.

—¡Horacio! ¡Horacio! esclamó de pronto la matrona abrazando á su libertador, sí, sí, ya os reconozco: sois el hijo de mi querido amigo!

—Sí, yo soy Horacio, á quien disteis hospitalidad cuando estaba moribundo, y que volvió á la vida gracias á vos; yo soy el pobre huérfano á quien habeis alimentado cuando se moria de hambre, y este es el momento en que mejor podia probaros mi gratitud.

Despues de darse á conocer, Horacio dijo que estaba cazando en los alrededores cuando vió á los bandidos detener el coche, y que por fortuna habia podido llegar á tiempo para salvar á las viajeras, y acabó aconsejando á estas y á Manlio que subieran inmediatamente al carruaje antes que los dos hombres que se habian escapado, tuvieran tiempo de volver con los demas de la cuadrilla. Horacio subió entonces al pescante, preguntó á qué punto querian dirigirse, y empuñando las riendas, lanzó á los caballos á escape en la direccion de Porto d' Anzo.

A las pocas horas habian llegado nuestras viajeras á su destino, y la brisa del mar pareció reanimarlas, sobre todo á la hermosa Julia, quien segun ya hemos dicho era muy aficionada á las espediciones marítimas, como lo son la mayor parte de las inglesas.

CAPÍTULO XXIII.

La tempestad.

No pareciéndole prudente á Julia que todos se embarcasen de una vez, atendido que esto podia escitar alguna sospecha, aconsejó que Silvia y su hija continuasen su viaje á pié, acompañadas de Horacio, hasta cierto punto donde iria á buscarlas luego, mientras ella marcharia con Manlio y Aurelia á fin de que se hicieran en el buque, anclado á poca distancia, los preparativos necesarios para recibir á los viajeros.

El cabo de Anzo y Civita-Vecchia son los límites sur y norte de la peligrosa é inhospitalaria costa romana, en la que han naufragado tantos buques, y el promontorio de Anzo forma y dá su nombre al puerto en el cual estaba anclado el buque de nuestra heroina.

Si la llegada de Julia á Roma no fué agradable á los prelados que allí residen, porque consideran á los ingleses como *herejes*, y *liberales*, no sucedió lo mismo con la tripulacion del *Seagull*, que idolatraba á su señora, así como ésta, apreciaba mucho á sus